

OTRA FORMA DE MIRAR LA SALUD

Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos.

Ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven.

JOSÉ SARAMAGO

Quien mira por encima, quien mira hacia otro lado o quien cierra

los ojos es, como mínimo, cómplice de lo que sucede.

JOHN BERGER

Sesenta mil segundos: el tiempo que permanecemos cada día con los ojos abiertos. Miles de imágenes en la calle, la televisión, los periódicos... se proyectan constantemente en nuestras retinas. Imágenes que vemos por obligación o que buscamos con deseo. Imágenes transparentes que se nos escurren y no entendemos. Imágenes que nos golpean como puños y nos obligan a reflexionar. Imágenes que nos indignan o que nos insensibilizan.

La forma en que miramos la sociedad y sus problemas nos acerca y a la vez nos aleja de la realidad. Aunque miramos muchas cosas, sólo vemos unas pocas. Mirar profundamente requiere, esfuerzo y paciencia, requiere aprendizaje.

Aprender a mirar y que se "nos abran los ojos": los de la sensibilidad y los de la razón. Aprender a separar opiniones de hechos. Ver cómo son las cosas. Entender por qué las cosas son como son y atisbar cómo podrían llegar a ser. Mirar con los ojos muy abiertos las tragedias, el dolor, las injusticias de nuestro tiempo.

... una tarde, mientras viajaba en tren. Entró una mujer esmirriada, de tez morena, que, con un acordeón destartado, hacía sonar una música lúgubre. Sobre su pecho llevaba colgado un cartel donde explicaba que había tenido que escapar de Rumanía. Escuché su melodía, y me detuve a observar a esa mujer sin patria y sin hogar, sin importar si provenía de Rumanía, de Bosnia o de la ex Yugoslavia. Era únicamente un ser errante, como los miles de refugiados en el mundo, o los Sin Tierra de Brasil, o los que desesperadamente intentan huir de la desvalida Albania. Una entre los millones cuya intemperie nos hace responsables. Son aquellos que desconocen ideologías o estadísticas sociológicas, pero que saben bien que ellos no cuentan en la historia. Cuando ya se alejaba hacia el siguiente vagón, me encontré con la mirada triste de una chiquita que cargaba sobre sus espaldas. Me hizo pensar en lo que está sucediendo: un mundo que parece marchar hacia su desintegración, mientras la vida nos observa con los ojos abiertos, hambrientos de tanta humanidad (1)

Una de las mejores maneras de las que disponemos para valorar los logros sociales que disfruta una comunidad o para entender las injusticias sociales que ésta sufre es observar sus condiciones de salud. Fijemos nuestra mirada en una de las vergüenzas sociales más escandalosas: la muy desigual manera de vivir, enfermar y morir de los seres humanos.

Hace ya más de un cuarto de siglo, la Organización Mundial de la Salud (OMS) señaló el objetivo de lograr **"salud para todos en el año 2000"**. Al iniciarse el siglo XXI, ese bienintencionado propósito ha saltado hecho trizas: un inmenso número de personas sigue malviviendo enferma, desnutrida o subalimentada. La mayoría de personas que habitan el planeta no posee el mínimo bienestar material y social que les permita un desarrollo adecuado de su salud con el que disfrutar y compartir una vida personal y social activa y gozosa. Aún peor, en muchos países la salud de la población está empeorando, en otros sólo mejora para una parte de ella y, en cualquier caso, la brecha entre los distintos grupos sociales aumenta. ¿Cómo es posible? En un momento de crecimiento sin parangón de las tecnologías biomédicas, de progreso en el diagnóstico de las enfermedades, de la aparición, de nuevos fármacos, de la puesta en

práctica de técnicas quirúrgicas impensables hace apenas unos decenios, de la secuenciación del genoma humano... ¿Por qué no mejora del mismo modo la salud de *toda* la población? Quiero saber por qué.

Algo parece evidente, la enfermedad y la muerte están mal repartidas, la salud no se distribuye en forma equitativa. Los países pobres, los barrios marginados y los individuos más necesitados padecen una discriminación social múltiple: disponen de menos recursos socio-económicos, tienen menos poder en la toma de decisiones, disponen de una peor atención sanitaria y están más expuestos a los factores de riesgo que empeoran su salud, ya sean éstos de tipo personal, social o ambiental. Las clases sociales más desfavorecidas, los pobres, los explotados, los trabajadores precarios, las mujeres... los de abajo; los desempleados, los emigrantes, los excluidos... los de afuera, sufren en carne propia la peor epidemia de nuestro tiempo la desigualdad social.

Con todo, aunque sabemos que los indigentes viven peor e intuimos que mueren antes que los muy pudientes, las distintas caras de la desigualdad en la salud son un fenómeno en gran parte desconocido, invisible, que no sabemos mirar, que no penetra en nuestras conciencias, que nos deja indiferentes.

... [Los instructores] tenían ciertas dificultades oculares para vemos, las mismas que tienen los ricos para ver a los camareros o a los criados que les sirven, esa habilidad singular para que la mirada atravesase o simplemente no perciba a los inferiores que sólo poseen los que han vivido siempre instalados en el privilegio, y que ningún advenedizo es capaz de imitar (2)

Pero no cabe ser ingenuos, ver no es nada fácil y comprender aún lo es menos. Con frecuencia no vemos adecuadamente, no porque no sepamos ver, sino porque no queremos ver, porque no nos dejan ver (3,4,5), las tres cosas a la vez.

Aprender a mirar con ojos nuevos y ver la salud de otra forma, comprender por qué ocurren las cosas, recobrar la sensibilidad y la capacidad de repulsa. Aportar luz, mirar cuidadosamente un fenómeno social cuya escandalosa dimensión ha hecho afirmar a uno de sus estudiosos: "si los enormes riesgos para la salud hallados en los estudios de las desigualdades sociales en salud fueran el resultado de la exposición a productos tóxicos, las fábricas serían automáticamente clausuradas y los productos retirados del mercado (6, 7)

Entender que las desigualdades en la salud no son sino el espejo de las desigualdades sociales generadas por el capitalismo, un sistema económico y social que se rige por una distribución muy desigual del poder político y económico. Busca las verdaderas causas y dejar de echar la culpa a las víctimas. Generar respuestas que nos alejen del conformismo. Atisbar soluciones que permitan plantear acciones efectivas.

Bibliografía

1. Ernesto Sábato, *Antes del fin*, Barcelona, Sex Barra!, 1999: 121-22
2. Antonio Muñoz Molina, *Ardor Guerrero*, Madrid, Alfaguara, 1996: 87
3. Ignacio Ramonet: "Instantaneidad, espectacularización, fragmentación, simplificación, mundialización, mercantilización se han convertido en las características más destacadas de una información estructuralmente incapaz de distinguí.(lo verdadero de lo falso." *Medios de comunicación condicionados*. Cuatro semanas. Abril, 1994:'48.
4. "Hace tiempo que los teóricos democrático-liberales se dieron cuenta de que en una sociedad donde la voz del pueblo es oída, los grupos de élite deben asegurar que esa voz diga cosas correctas. Cuanto menos capaz es el Estado de emplear la violencia para defender los intereses de los grupos de élite que son quienes definitivamente lo dominan, tanto más necesario se hace elaborar técnicas de 'fabricación de consentimiento' (H') La propaganda es a la democracia lo que la violencia es a la dictadura". En: Chomsky N. *El control del pensamiento en EE. UU* Sediciones 3. 2001: 5I.
5. Pueden también consultarse los textos de Noam Chomsky y Edward Herman. *Los guardianes de la libertad*, Barcelona:

Crítica, 1990 (Traducción de Carme Castells) y de Ignacio Rarnonet: *La tiranía de la comunicación*. Madrid: Debate, 1998.

Extraído del libro *Aprender a Mirar la Salud: como la desigualdad social daña nuestra salud*.
Joan Benach y Carles Muntaner. El viejo Topo, 2002